

ROMANCE DEL ARROYUELO

En verde cuenco de piedra
brotó limpio el manantial.
Hunde la niña sus manos
y el agua tiembla y se va.

Quince años tiene la niña,
—sabrosa fruta en agraz—
y la tentación es fuerte...
Se va sin mirar atrás.

Como can abandonado,
el arroyuelo, al azar,
enhébrase al horizonte,
y en alas de su ansiedad
sigue corriendo el camino
que no termina jamás.

Cuando llega, tiene miedo
y quiere volver; el mar
abre sus fauces y el triste
fúndese en la inmensidad.

Mas el pícaro arroyuelo
se le huye, sin chistar,

colgándose a los faldones
de las nubes. ¡Allá va
cabalgando sobre el lomo
del poderoso huracán.

Vuelan ya sobre el terruño;
de pena quiere llorar:
hilos de perlas descenden
sobre el terruño natal,
que las sorbe y las abraza
y así las vuelve a enhilar.

Las perlas del arroyuelo
son ya tesoro caudal.

Las burbujitas alegres
cantan con voz de cristal.

No puede, no, el arroyuelo
vivir sin ver y besar
aquellas manos chiquitas
que son su felicidad.

Pero el mar le espera...lejos...
y el agua tiembla y se va...

EUGENIO PAYO



Voces y expresiones viciosas

Consumación no, consumo o
consumición sí.



EXISTE una copla o coplilla que debe de haber sido compues-

ta por algún epicúreo impenitente y vulgar. He aquí los cuatro versos que la constituyen:

Comer, comer y comer;
dormir, dormir y dormir
y al despertar, repetir
lo mismo que se hizo ayer.

Un consejo, tan viejo como el mundo, y vertido a todos los idiomas de la tierra. Sólo me interesa de él la parte que guarda relación con la gastronomía, pues quien come consume y quien consume ha de pagar, si es hombre honrado y poco amigo de vivir a costa ajena, el consumo o la consumición.

El número de glotones es infinito. La mitología griega recuerda muy ufana el ejemplo de Milón de Crotona: seis veces vencedor en los Juegos Olímpicos y siete en los Píticos. Su ejercicio predilecto consistía en llevar un toro sobre las espaldas; dar con él, sin resollar, una vuelta completa a la pista; asestarle un vigoroso puñetazo en la cabeza, entre cuerno y cuerno; descuartizarle y comérselo (1). Apicio, Lúculo, Heliogábalo y Trimalción fueron excelentes comensales. Proverbial es la voracidad del tercero, y el festín de Trimalción es una deliciosa pintura de costumbres que nos hace Petronio en el *Satyricón*. Nereo de Quíos y Algis de Rodas pasaron en la antigüedad por famosos cocineros, y Aftonetes de Atenas, cuyo mérito consistía en hacer muy bien las salsas, provocó entre los reyes coetáneos odiosas guerras, pues se disputaban la posesión de este mago de la cocina. Juan Sin Tierra, el que otorgó la *Carta Magna* a los ingleses, murió de un entripado de melocotones y de sidra nueva (2). D. Enrique de Villena escribió en 1428 su *Arte cisoría* y

(1) *Figuras y leyendas mitológicas*, por Emilio Genest. (Barcelona, 1928).

(2) *Historia de Inglaterra*, por André Maurois (Barcelona, 1954).

Ruperto o Norberto de Nola sacó de molde en Toledo, en 1577, su *Arte de cocina*.

Con tales antecedentes no puede sorprendernos que Carlos V, gotoso como tantos otros reyes y príncipes, y Enrique VIII, sintieran el placer de la mesa, desoyendo a Cyro y Marco Aurelio, pues el uno aconsejaba quedarse con hambre, y el otro, como había aprendido de su madre, entre otras cosas atinentes al espíritu, el ser frugal, trasladó tal enseñanza a quienes leyeron sus *Doce libros o Soliloquios*.

Felipe II, que había visto en su propio padre a qué estado puede llegar la salud cuando no se pone traba alguna al desordenado apetito, pero que a pesar del entrañable ejemplo, también solía abusar de la comida, aconsejó a su hermanastro Don Juan, en memorable epístola, que fuera sobrio en el yantar.

Con estos botones de muestra, mínima parte de cuantos cabría aducir, pues los banquetes, ágapes, pipiripaos, refrigerios, alborques, pisco-labis y tenteempiés, constituyen un país de numerosísimos súbditos (1), nos daremos cuenta de las veces, casi infinitas, en que habrá que echar mano de los sustantivos consumo o consumición.

Se consuma un sacrificio como el de Guzmán el Bueno, en Tarifa y se consumen estas o aquellas viandas, como las ingeridas en las bodas de Camacho. De aquí deducirá el lector, fácilmente, el uso correcto de consumación y de consumo o consumición. Si en el banquete de Ixión hubieran pasado la cuenta a los comensales, cada uno habría pagado el consumo o la consumición hecha, pero no la consumación, que, como veremos ahora, es reprehensible decir gálico.

«Los franceses no tienen más que un verbo (*consommer*) y un sustantivo (*consommation*)», ha observado Cavia (2).

No es así. Tienen dos verbos: *consommer* (consumar), *achever, terminer, perfectionere une chose, un ouvrage, une affaire* y *consumer* (consumir), *détruire, user, reduire a rien*. Lo que sucede es que los franceses se sirven del mismo verbo y sustantivo para significar cosas tan diferentes como consumir un sacrificio, una obra o un negocio, y consumir un pollo, la harina o el aceite. Y como en España nos pirramos por beberle los alientos a los franceses, el uso incorrecto de consumación se ha generalizado tanto que conviene irle a la mano a estos galiparlantes transgresores de nuestra tradición literaria.

Entre los ejemplos que apporto respecto del atinado empleo de las palabras elegidas como tema del presente palique, van muchos que han sido tomados de escritores coetáneos. Quisiera acabar de una vez con la «leyenda negra» de que mi curiosidad literaria no pasó del siglo XIX.

(1) «El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!» Mariano José de Larra (*La Nache buena de 1836*).

(2) *Limpia y fija...* (Madrid, 1922).

«...y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida». Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*.

«A semejantes reglamentos se debe atribuir en gran parte la carestía de ciertos artículos de fácil producción, y de ordinario consumo». Jovellanos (*Informe sobre la ley agraria*).

«Así por lo que mira al consumo de las carnes, como por lo que toca al de las lanas»... *Nueva Recopilación*.

«Tal o cual cosa se consume a fuego lento. Yo me consumo de fastidio en el Senado. El sacerdote consume en la misa el cuerpo y la sangre de Cristo... Y todos consumimos, (en habiendo de qué), pan, carne, vino, carbón...» Mariano de Cavia (*Limpia y fija...*)

«...frente a su mesa esperaba ya, erguido, un camarero y no procedía sino sentarse y pedir la consumición». José M.^a Gironella. (*Un hombre*).

«Julio García y el doctor Roselló tenían que pagar las consumiciones de los cuatro». José M.^a Gironella. (*Los cipreses creen en Dios*).

«Yo pagué nuestra consumición y salí del café llevando en la mano cuidadosamente enrollada, mi caricatura». Miguel Delibes. (*La sombra del ciprés es alargada*).

«...no atreviéndose a confiar a la memoria... la poco extensa lista de nuestra consumición». Ibidem.

«Carlos sacó su cartera para pagar las consumiciones». Manuel Pombo Angulo (*Hospital General*).

«Llamó al camarero y pagó su consumición». Ledesma Miranda. (*La casa de la fama*).

«...un gran banquete que duró hasta la medianoche, y en el que se consumieron cuantas viandas y toneles había en las despensas y bodegas de Palacio». Vicente Risco: (*La puerta de paja*).

Quien ponga en duda mi aserto

se burla de la verdad:

son dos cosas diferentes

consumir y consumir,

de aquende los Pirineos

y de allende ¡voto a tal!

Si estas acciones disímiles

en unívoca voz van

que respondan del dislate

Boileau, Musset o Pascal.